

si tal atrevimiento tuviere. Anda y traeme las mugeres mas bellas que encuentres.

Contentísimo salí yo á buscar las madamas que me encargaron, creyendo que con el madurativo que habia puesto, el capellan debia salir de casa, y yo debia volver á hacerme dueño de la confianza del chino.

No me gustaba mucho el oficio de alcahuete, ni jamás habia probado mi habilidad para el efecto: me daba vergüenza ir á salir con tal embajada á las coquetas, porque no era viejo ni estaba trapiento; y así temia sus chocarrerías, y mas que todo, temblaba al considerar la prisa que se darian ellas mismas para quitarme el crédito; pero sin embargo, el deseo de manejar dinero y verme libre del capellan, me hizo atropellar con el pedazillo de honor que conservaba, y me determiné á la empresa.

Llegué, ví y vencí con mas facilidad que César. Buscar las cuzquillas, hallarlas, y persuadirlas á que vinieran conmigo á servir al chino, fué obra de un momento.

Muy ancho fuí entrando al gabinete del chino con mis tres damiselas, á tiempo que estaba con él el capellan, quien luego que las vió y conoció por los modestos trages, les preguntó encapotando las cejas, que á quién buscaban.

Ellas se sorprendieron con tal pregunta, y hecha por un sacerdote conocido por su virtud, y así sin poder hablar bien le dijeron, que yo las habia llevado y no sabian para qué. Pues hijas, les dijo el capellan, vayan con Dios, que aquí no hay en que destinarlas.

Salieron aquellas muchachas corridísimas, y jurándome la venganza. El capellan se encaró conmigo, y me dijo: sin perder un instante de tiempo, saca vd. su catre y baúles y se muda, calumniador, falso, y hombre infame. ¿No le basta ser un pícaro de por sí, sino tambien ser un alcahuete vil? ¿No está contento con lo que le ha estafado á este pobre hombre, si-

Luego que él me vió, hizo alto: me miró con atencion, y satisfecho de que yo era, queria hacerse disimulado y meterse en su casa sin hablarme; pero yo, que pensaba hallar en él algun consuelo, no lo consentí, sino que atropellando con la vergüenza que me infundia mi aindiado trage, lo tomé de un brazo y le dije: Yo soy, Anselmo, no me desconozcas: yo soy Pedro Sarmiento tu amigo, y el mismo que te ha servido segun sus proporciones. Este trage es el que me ha destinado mi desgracia. No vuelvas la cara ni finjas no conocerme: ya te dije quien soy: ayér paseamos juntos y me juraste que serias mi amigo eternamente, que te lisonjeabas de mi amistad, y que deseabas ocasiones en que corresponderme las finezas que me debias. Ya se te proporciona esta ocasion, Anselmo. Ya tienes á las puertas de tu casa sin saberlo, á tu infeliz amigo Sarmiento, desamparado en la mayor desgracia, sin tener á quien volver sus ojos, sin un jacal que lo abrigue ni una tortilla que lo alimente, vestido con un coton de indio y unos calzones de camuza indecentísimos, que le franqueó la caridad de una vieja miserable: los que aunque cubren sus carnes, le impiden por su misma indecencia el presentarse en México á implorar el favor de sus demás amigos. Tú lo has sido niño, y muchas veces me has honrado con ese dulce nombre: desempéñalos pues, y socórreme con unos trapos viejos y algunas migajas de tu mesa.

¿Qué piensas, pícaro, me dijo el cruel amigo; qué piensas que soy algun bruto como tú, que me has de engañar con cuatro mentiras? D. Pedro Sarmiento, á quien te pareces un poco, es mi amigo en efecto; pero es un hombre fino, un hombre de bien y un hombre de proporciones; no un pillastron, vagante y encuerado. Vaya con Dios. Sin esperar respuesta se entró al patio de su casa dándome con las puertas en la cara.

Es menester no decir como quedaria yo con tal desprecio, sino dejarlo á la consideracion del lector, porque suceden algunas fatalidades en el mundo de tal tamaño, que ninguna

ponderacion basta para explicarlas con la energía que merecen, y solo el silencio es su mejor intérprete.

Entre la cólera y desesperacion, la tristeza y el sentimiento, me quedé en el zaguán, cavilando sobre el lance que me acababa de pasar. Quisiera retirarme de aquellos recintos, que me debian ser tan odiosos: quisiera esperar á Anselmo y hacerlo pedazos entre mis manos; pero calmaba mi enojo cuando me acordaba que habia hablado bien de mí, y no me conocí. No hay duda, decia yo, él es mi amigo y me quiere: este trage y el mal pasage de anoche tal vez me desfigurarán de modo que no me conozca: yo lo esperaré en este lugar, y si despues que lo cerciore bien que soy Pedro Sarmiento, él no me quisiere conocer, me alejaré de su vista como de la de un vestiglo: detestaré su amistad, abominaré su nombre, y me iré por donde Dios quisiere.

Así estuve batallando con mi imaginacion hasta las oraciones de la noche, á cuya hora bajó Anselmo con un sable desnudo y me dijo: parece que se ha hecho vd. piedra en mi casa: sálgase vd. que voy á cerrar la puerta.

Cuando le hablé á vd. la primera ocasion, le dije, fué creyendo que me conocia y era mi amigo, y valido de este sagrado me atreví á implorar su favor. Ahora no le pido nada, solo le digo, que no soy un pícaro como me dijo, ni me valgo del nombre de D. Pedro Sarmiento, sino que soy el mismo, y en prueba de ello, acuérdesese que ayer fué vd. conmigo y su querida Manuelita, con los dos hermanos de esta y una criada á la almuerceria de la Orilla, donde yo costí el almuerzo, que fueron envueltos, guisado de gallina, adovo y pulque de tuna y de piña.

Acuérdesese vd. que costó el almuerzo ocho pesos, y que los pagué en oro. Acuérdesese que cuando me lavé la manos me quité un brillante, y aficionada de él su dama, lo alabó mucho, se lo puso en el dedo, y yo se lo regalé, por cuya generosidad me dió vd. muchas gracias, ponderando mi liberalidad. Acuér-

dese que paseándonos los dos solos por una de aquellas galeras, me dijo que su muger le habia oido la podrida (fueron palabras de vd.); que por este motivo tenian frecuentes riñas, y que vd. pensaba abandonarla y llevarse á Manuelita á Querétaro, donde se le proporcionaba destino. Acuérdesese que á esto le dije, que no hiciera tal cosa, pues seria añadir á una injusticia un agravio: que sobrellevara á su muger y procurara negarle todo cuanto sabia, no darle motivo de sospecha, hacerle cariño, y manejarse con prudencia, pues al fin era su esposa y madre de sus hijos. En fin, acuérdesese que al separarnos subí al coche á Manuelita, y ésta pisó el tónico de coco en el estribo y lo rompió.

Estas son muchas señas y muy privadas para que vd. dude de mi verdad. Si mi semblante está desfigurado y mi trage no corresponde á quien soy, lo ha causado la adversidad de mi suerte y las vicisitudes de los hombres, de lo que vd. no está seguro, y quizá mañana se verá en situacion mas deplorable que la mia.

El negar que me conoce, será una vil tenacidad despues que le doy tantas señas, y despues que me ha oido tanto tiempo, porque aunque los semblantes se desfiguren, las voces permanecen en su tono, y es muy difícil no conocer por la voz al que se ha tratado mucho tiempo.

Todo cuanto vd. ha charlado, dijo Anselmo, prueba que vd. es un perillan de primera clase, y que para venir á pegarme un petardo, me ha andado á los alcances y ha procurado indagar mi vida privada, valiéndose tal vez de la intriga con mi amigo Sarmiento para saber de él mis secretos; pero ha errado vd. el camino de medio á medio. Ahora menos que nunca debe esperar de mí un maravedí; antes yo me recelaré de vd. como de un pícaro refinado. . . . Mátame con ese sable, le dije interrumpiéndole, mátame, antes de que me lastime tu lengua con tales baldones, y baldones proferidos por un amigo. ¡Este es, Anselmo, tu cariño? ¡Estas tus corresponden-

cias? ¡Estas tus palabras? ¡Qué mas dejas para un soez de la plebe, cuando tú, que te precias de noble, obras con tanta bastardía, que no solo no pagas los beneficios, sino que obstinadamente finges no conocer al mismo á quien se los debes! Anselmo, amigo, ya que no te compadeces de mí como del que lo fué tuyo, compadécete á lo menos como de un infeliz que se acoge á tus puertas. Bien sabes que la religion obliga á todos los cristianos á ejercitar la caridad con los amigos y enemigos, con los propios y los extraños; y así no me consideres un amigo, considérame un infeliz, y por Dios. . . .

Por Dios, dijo aquel tigre, que se vaya vd. que es tarde, y ya me es sospechosa su labia y su demora. Sí, ya creo que será un ladron y estará haciendo hora de que se junten sus compañeros para asaltar mi casa. Váyase enhoramala antes que mande llamar la guardia del vivac.

¿Qué es eso de ladron? Le dije lleno de ira: el ladron, el pícaro, y el villano serás tú, mal nacido, canalla, ingrato.

No se atrevió Anselmo á hacer uso del sable, como yo temia: pero hizo uso de su lengua. Comenzó á gritar, *auxilio, auxilio. . . . ladrones. . . . ladrones*, cuyas voces me intimidaron mas que el sable, y temiendo que se juntara la gente y me viera en la cárcel por este inicuo, me salí de su casa renegando de su amistad y de cuantos amigos hay en el mundo, poco mas ó menos parecidos al infame Anselmo.

Como á las ocho de la noche y abrigado con su lobreguez, me interné por la ciudad muerto de hambre y de cólera contra mi falso y desleal amigo. ¡Ah! decia yo: si me hallara ahora con el brillante que le regalé ayer á la puerca de su amiga, tendria que vender ó que empeñar para socorrer mi hambre: pero ahora ¿qué empeñaré ni de qué me valdré, cuando no tengo cosa que valga un real sino la camisa? ¡Mas será posible que me quite la camisa? No hay remedio: no tengo cosa mejor, yo me la quito.

Haciendo este soliloquio, me la quité, y como estaba limpia

y casi nueva, no me costó trabajo que me suplieran sobre ella ocho reales, con los que cené con hartas apetencias y compré cigarros.

En las diligencias del empeño y de la cenada se me fué el tiempo sin advertirlo, de suerte que cuando salí del bodegon eran las diez dadas, hora en que no hallé ningun arrastradrito abierto.

Desconsolado con que no me podian valer mis antiguas guardidas, determiné pasarme la noche vagando por las calles sin destino, y temiendo en cada una caer en manos de una ronda, hasta que por fortuna encontré por el barrio de Santa Ana una accesoria abierta con ocasion de un velorio.

Me metí en ella sin que me llamaran, y ví un muerto tendido con sus cuatro velas, seis ú ochó leperuscos haciendo el duelo, y una vieja durmiéndose junto al brasero con el aventador en la mano.

Saludé á los vivos con cortesía, y dí medio real para ayuda del entierro del muerto.

Mi piedad movió la de aquellos prójimos, y recibiendo sus agradecimientos me quedé con ellos en buena paz y compañía.

Cuando llegué estaban contando cuentos: á las doce de la noche rezaron un rosario bostezando, cantaron un alabado muy mal, y se soplaron cada uno un tecomate de champurrado muy bien, sin quedarme yo de miron.

Como á la una de la mañana se acostó la vieja y roncó como un perro; y porque no hiciéramos todos lo mismo, sacó un caritativo una baraja y nos pusimos en un rincon á echar nuestros alburitos por el alma del difunto.

A mí se me arrancó brevecito, como que mi puntero era muy débil y la suerte estaba decidida en mi contra. Sin embargo, me quedé barajando de banco por ver si me ingeniaba; pero nuestra velita se acabó, y no hubo otro arbitrio que tomar un cabo prestado al señor muerto.

Antes de esto habian cerrado la accesoria, temiendo no pe-

sara una ronda y nos hallara jugando. Quien sabe quien cerró, ni quien tenia la llave: el cuartito era redondo y tenia una ventana que caia á una acequia muy inmundada: el envigado estaba endemoniado de malo, y al muerto lo habian puesto, sin advertirlo en una viga, á la que le faltaba apoyo por un extremo, con esto al ir uno de aquellos tristísimos dolientes por el cabito para seguir jugando, pisó la viga en que estaba el cadáver por donde estaba sin apoyo, y con su peso se hundió para adentro: y como levantó la viga, alzó tambien el cuerpo del difunto, lo que visto por mí y mis camaradas nos impuso tal horror, creyendo que el muerto se levantaba á castigarnos, que al punto nos levantamos todos atropellándonos unos á otros por salir, y gritando cada cual las oraciones que sabia.

Fácil es concebir que luego, luego nos quedamos á obscuras, pasando y aun dando de ocicos sobre el muerto y el hundido, que sin cesar gritaba que se lo llevaba el diablo: la infeliz vieja no lo pasaba mejor, pues todos caiamos sobre ella la vez que nos tocaba: cada encontron que se daba uno contra otro, pensaba que se lo daba con el muerto: crecia la aficcion por instantes porque no parecia la llave, hasta que uno advirtió abrir la ventana y salir por ella. A su ejemplo todos hicimos lo mismo sin acordarnos de la acequia para nada. Con esto unos tras otros fuimos dejándonos caer en ella, y salimos hechos un asco de lodo y algo peor; pero al fin salimos sin hacer el menor aprecio de la pobre vieja, que se quedó á acompañar al difunto. Cada uno se fué por su parte á su casa, y yo á la del mas trapiento de todos que me manifestó alguna lástima.

Luego que llegamos á ella despertó á su muger y le contó el espanto con la mayor formalidad, diciéndole como el muerto se habia levantado y nos habia golpeado á todos. La muger no lo queria creer, y en la porfia de si fué ó no fué, se nos pasó lo que faltaba de la noche, y á la luz del nuevo día creyó la muger el espanto al ver lo descolorido de nuestras caras, que por lo que toca á la despeñada que nos dimos en el cieno,

L. am. 6.



EL PERIGUULLO.

Tomo 4.º

no puso la menor duda, porque luego que entramos se lo avisaron sus narices, y aunque no habia luz, ella creia que estábamos maqueados mas que si lo viese.

En fin, la pobre lavó á su marido y á mí de pilon, quedándonos los dos cobijados con una frazada vieja entre tanto se secaron los trapos.

Aunque los míos se encerraban en dos, á saber: el coton y los calzones, porque el sombrero y guarachas se quedaron en la campaña, se tardaron en secar una porcion de tiempo, de modo que ya mi amigo estaba vestido, y yo no podia moverme de un lugar.

La pobre muger me dió un poco de atole y dos tortillas: lo bebí mas de fuerza que de gana, y despues para divertir mi tristeza, amolé un carboncito, le hice punta, y en el reverso de una estampa que estaba tirada junta á mí, escribí las siguientes décimas.

*Aprended, hombres, de mí,
Lo que va de ayer á hoy;
Que ayer conde y virrey fui
Y hoy ni petatero soy.*

Ninguno viva engañado
creyendo que la fortuna,
si es próspera, ha de ser una
sin volver su rostro airado.
Vivan todos con cuidado,
cada uno mire por sí,
que es la suerte baladí,
y se muda á cada instante:
yo soy un ejemplo andante:
Aprended, hombres, de mí.

Muy bien sé que son quimera
las fortunas fabulosas,

pero hay épocas dichosas,
y llámense como quiera.
Si yo aprovechar supiera
una de estas, cierto estoy
que no fuera como voy;
pero desprecié la dicha,
y ahora me miro en desdicha:
¡lo que va de ayer á hoy!

Ayer era un caballero
con un porte muy lucido;
y hoy me miro reducido
á unos calzones de cuero.
Ayer tuve hartos dineros;
y hoy sin un maravedí,
me lloro ¡triste de mí!
sintiendo mi presuncion,
que aunque de imaginacion,
ayer conde y virrey fui.

En este mundo voltario
fui ayer médico y soldado,
barbero, subdelegado,
sacristan y boticario.
Fui fraile, fui secretario,
y aunque ahora tan pobre estoy,
fui comerciante en comboy,
estudiante y bachiller.
Pero ¡hay de mí! esto fui ayer
y hoy ni petatero soy.

Luego que concluí mis coplillas, las procuré retener en la memoria, y las pegué con atole en la puerta de la casita.

Ya mi coton estaba seco, pero los calzones estaban empados, y yo que estaba desesperado por salir en busca de nuevas aventuras, no tuve paciencia para aguardar á que los secara el sol, sino que los cogí, y los puse á secar junto al *tlecuil* ó fogon en que la muger hacia tortillas; mas habiendo salido á desaguar, cuando volví los hallé secos pero achicharrados.

No puedo ponderar la pesadumbre que tuve al ver todo mi equipage inservible. El amigo, luego que se informó de mi desgracia, me dió un poco de sebo de vaca, y me aconsejó que les diese un friega con él para que se suavizaran un poco.

En efecto, les apliqué el remedio, y quedaron mas flexibles, pero no mejores, porque en donde les penetró bien el fuego, no valieron diligencias: saltaron los pedazos achucharrados, y descubrieron mas agujeros de los que eran menester; lo que no me gustó mucho pues no tenia calzones blancos. Ello es que yo me los encajé, y como estaban ennegrecidos del olin y llenos de agujeros, resaltaba lo blanco de mi piel por ellos mismos, y parecia yo tigre.

Advirtiendo esta ridiculez y queriendo remediarla, tomé un poco del mismo humo, y mezclándolo con otro poco de sebo, hice una tinta y con ella me pinté el pellejo, quedando así mas pasadero.

Los dueños de la casa me compadecian, pero se reian de mis arbitrios, y sabedores de que mi intencion era salirme de México en aquel instante á buscar fortuna, me dijeron que me fuera á Puebla, que allí tal vez hallaria destino. Al mismo tiempo me dieron unos frijoles que almorzar, y la muger me puso un *itacate* de tortillas, un pedazo de carne asada, y dos ó tres chiles. Todo esto me lo envolvió en un trapito sucio, y yo me lo até á la cintura.

Así, despues de haber almorzado y dádole las gracias, busqué un palo para que me sirviera de bordon, alcé un sombrero muy viejo de petate que estaba tirado en un muladar: me

lo planté, me despedí de mis hospedadores y tomé el camino de la garita de S. Lázaro.

Llegué al pueblo de Ayotla, donde dormí aquella noche sin mas novedad que acabar, por via de cena, con mi repuesto.

Al dia siguiente me levanté temprano y seguí mi camino para Puebla, manteniéndome de limosna hasta llegar á Rio Frio, donde me sucedieron las aventuras que vais á leer en el capitulo que sigue.

CAPTULO IX.

En el que Periquillo refiere el encuentro que tuvo con unos ladrones; quiénes fueron estos; el regalo que le hicieron y las aventuras que le pasaron en su compañía.

NADA de fabuloso tiene la historia que habeis oido, queridos hijos míos: todo es cierto, todo es natural, todo pasó por mí, y mucho de este todo, ó acaso mas, ha pasado, pasa y puede pasar á cuantos vivan entregados como yo al libertinage, y quieran sostenerse y aparentar en el mundo á costa agena, sin tener oficio ni ejercicio, ni querer ser útiles con su trabajo al resto de sus hermanos.

Si todos los hombres tuvieran valor y sinceridad para escribir los trabajos que han padecido moralizando y confesando ingenuamente su conducta, veriais, sin duda, una porcion de *Periquillos* descubiertos, que ahora están solapados y disimulados, ó por vergüenza ó por hipocresía, y conoceriais mas á fondo lo que os he dicho, esto es: que el hombre vicioso, flojo y disipado padece mas en la vida, que el hombre arreglado y de buen vivir. Entendidos que en esta triste vida todos padecen; pero sin proporcion padecen mas en todas las clases de la república los malvados, sea por un órden natural de las co-